

José Ortega y Gasset

Biografía

Uno de los filósofos españoles de la primera mitad del siglo XX que más influencia han ejercido en España y fuera de ella. Con un estilo literario, lleno de metáforas y frases ingeniosas, pretendió hacer filosofía en un lenguaje próximo al del Quijote, lo que le permitió llegar al público en general (a un «público culto», suele decirse). Ortega nació en Madrid en 1883, aunque nunca se sintió perteneciente a esa generación, al menos como discípulo, pero sí compartió el momento histórico y conoció personalmente a muchos de sus autores, como Unamuno (que fue su profesor de griego en Salamanca), Azorín o Pío Baroja.

Pertenecía a una familia acomodada de la alta burguesía madrileña vinculada al periodismo y a la política (un burgués, no obstante, con afanes y tendencias aristocráticas, como puede comprobarse a lo largo de su vida y obra). Su padre, José Ortega Munilla, fue director de *El Imparcial*, periódico fundado por su abuelo materno y en el que Ortega colaboró intensamente. Su vida está profundamente ligada al periodismo, a la política, a las actividades editoriales, y ocupó un lugar muy destacado en la vida intelectual española durante la primera mitad del siglo XX.

Estudió en el Colegio Jesuita de San Estanislao en Miraflores del Palo (Málaga); inició sus estudios superiores en la jesuita Universidad de Deusto (Bilbao), y los continuó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central (Madrid), donde se licenció en 1902. Doctorándose posteriormente en Filosofía en 1904. Ávido lector de Nietzsche entre 1905 y hasta 1907 estudia en Alemania (Leipzig, Nuremberg, Colonia, Berlín y, sobre todo, en Marburgo), en donde tomó contacto con el neokantismo, llegando a estar toda su vida obsesionado por la grandeza de la filosofía, la ciencia y la técnica alemanas.

Defendió un europeísmo de corte germanizante; estaba convencido de que la «raza», la «sustancia» españolas estaban enfermas y proponía –envuelto como estaba por el «mito de la cultura»– como «medicina» la ingestión de grandes dosis de «cultura» alemana.

En 1909 es nombrado profesor numerario de Psicología, Lógica y Ética de la Escuela Superior del Magisterio de Madrid y en octubre de 1910 gana por oposición la Cátedra de Metafísica de la Universidad Central. Ese año también contrae matrimonio con Rosa Spottorno y Topete.

En 1917 se ve obligado a interrumpir su colaboración con *El Imparcial*, pero rápidamente se incorpora a la nómina de colaboradores *El Sol*, diario fundado por el empresario vasco Nicolás de Urgoiti (fundador, en 1920, de la Editorial Calpe que se unirá más tarde con Espasa) pero inspirado por Ortega. En este diario se publicaron los «folletones» que anticiparon dos de sus obras más importantes: *España invertebrada* y *La rebelión de las masas*. La empresa editorial más importante de Ortega será, no obstante, la *Revista de*

Occidente, fundada en 1923, desde la que promovió la traducción de las más importantes tendencias filosóficas y científicas de la época y en la que desplegó una marcada oposición política a la recién instaurada dictadura de Primo de Rivera, oposición que le llevará, en 1929, a dimitir de su cátedra en la Universidad de Madrid a la que regresará en 1930, bajo la dictadura de Berenguer, más tolerante que la de Primo de Rivera, continuando, no obstante, su actividad pública. Ese mismo año publicará "La rebelión de las masas".

Entre 1931 y 1932 fue diputado de las Cortes Constituyentes de la Segunda República en calidad de representante de la *Agrupación al Servicio de la República*, fundada en febrero de 1931 por Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala y él mismo. Al agitado período de la vida política española comprendido entre 1923 y 1936 pertenecen algunos de sus más famosos escritos políticos.

Desencantado de su actividad parlamentaria, abandona su participación activa en la República, aunque nunca renunció del todo a la posibilidad de ejercer su influencia en asuntos de Estado; en 1936, a raíz del golpe de estado contra la II República, que dará lugar a la guerra civil española, Ortega se autoexilia iniciando un periplo (París, Holanda, Argentina, Portugal) que no terminará hasta su regreso a España en 1955, muriendo en Madrid el 18 de octubre de ese mismo año.

Contexto filosófico

La formación filosófica de Ortega se alimenta de dos fuentes principales: la filosofía griega y la filosofía europea iniciada por Descartes y continuada por la filosofía alemana neokantiana, así como por Nietzsche, Husserl, Dilthey y Scheler, fundamentalmente.

También es importante la influencia del krausismo español que marcará sus inicios filosóficos con una intención de regeneracionismo intelectual de España, explicando el desfase de la vida intelectual y científica española con respecto a la europea como producto de la ausencia de método, de sistema y de rigor científico; lo que le llevará a un planteamiento "objetivista" de su pensamiento que se opondría a la tendencia característica del español, que sumido en el individualismo y la subjetividad, pierde la noción del mundo, de lo real, y se refugia en sus ensoñaciones fantásticas y literarias. La ciencia, el rigor y el método se le escapan. Es necesario sacarle de esa pesadilla mediante la exigencia de objetividad.

El Perspectivismo

El objetivismo de la primera época y el consiguiente desprecio del subjetivismo, había alcanzado tintes antihumanistas al considerar que al intelectual no deben interesarle las cuestiones individuales, sino que es necesario adoptar una cierta distancia con las cosas y esa distancia es la que da el pensamiento abstracto, la teoría.

Esta actitud objetivista y racionalista durará hasta 1914 fecha en que, con las "Meditaciones del Quijote" se abre la fase perspectivista de su pensamiento, en la que comienza a desarrollar los principales elementos de su filosofía de madurez que, paradójicamente, se opondrá a este objetivismo, oposición que se continuará en su fase racio-vitalista.

Este giro se producirá a partir del descubrimiento de la circunstancialidad, el descubrimiento de que la vida del hombre no puede separarse de su entorno sino que está inmersa en un conjunto de elementos que constituyen su "**circunstancia**", elementos históricos, sociales y culturales, como la filosofía griega y la tradición judeo-cristiana en los que se aloja el hombre occidental, pero también cualquier otro elemento de la vida cotidiana, particular y propio del sujeto al que le afecta y que, con tanto derecho como los anteriores, le constituye en su individualidad radical y originaria.

A la vez hostil al cosismo y al subjetivismo Ortega coincidirá con otras corrientes filosóficas del siglo XX, como el vitalismo, el existencialismo o la fenomenología, en la consideración de la **vida cotidiana** como material esencialmente filosófico, hasta el punto de intentar convertir dicha reflexión en su método filosófico. Habrá que partir de las cosas que nos son próximas, de las cosas que nos rodean, para poder retomar en su plena significación las reflexiones filosóficas "tradicionales".

"El ser definitivo del mundo no es materia ni es alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva", "...donde está mi pupila no hay ninguna otra." "...somos insustituibles."

La dimensión perspectivística de la realidad no se limita a los aspectos perceptuales, como los colores, los sonidos, las figuras espaciales, alcanza también a las dimensiones más abstractas de la realidad, los valores y las propias verdades. Del mismo modo que nuestros ojos son los órganos receptores de los aspectos visuales de las cosas y sólo las pueden captar en sus dimensiones perspectivísticas, nuestra mente es como un órgano perceptor de verdades. Nuestra mente nos predispone para captar ciertas verdades y ser ciegos a otras, y lo mismo ocurre con cada pueblo y cada época, que tienen también su peculiar modo de ver la verdad, su peculiar punto de vista. Sólo si nos concebimos como seres abstractos, fuera del tiempo y del espacio, podemos creer en el privilegio de una perspectiva frente a otra. La única perspectiva falsa es la que pretende ser la única, la verdad no localizada, no dependiente de ningún punto de vista; y esto es el racionalismo y la mayor parte de la filosofía. Frente a esta razón pura del racionalismo, Ortega propone una razón que sea capaz de integrar la dimensión perspectivística de la realidad, una **razón vital e histórica**. La razón vital nos muestra que las diferencias individuales, las peculiaridades de cada pueblo y de cada momento histórico, no son impedimentos para alcanzar la realidad, al contrario, son el órgano gracias al cual pueden captar la realidad que les corresponde. Cada individuo es un punto de vista esencial, insustituible.

¿Qué ocurre entonces con la verdad? Ortega se opone a las pretensiones del racionalismo acerca de la existencia de una verdad absoluta, ajena a lo temporal, a lo circunstancial, y afirmará justamente lo contrario: la verdad se da siempre desde las circunstancias en las que

el yo se ve inmerso, desde su propia vida. La realidad es siempre captada desde las circunstancias del yo, y la verdad consistirá en saber dar cuenta de esa realidad desde esas circunstancias (que son circunstancias vitales) en las que se halla inmerso el yo. El ejemplo de la sierra del Guadarrama le sirve para ilustrar su posición de un modo muy gráfico: mirada la sierra desde Madrid no es lo mismo que mirada desde Segovia. ¿Cuál es la mirada verdadera, la visión verdadera? No tiene sentido esta pregunta, como si se pretendiera tener una visión "única" de las dos vertientes que no es posible bajo ninguna consideración. Quien mira la sierra desde Madrid tiene una visión tan verdadera de ella como quien la ve desde Segovia, por lo que las dos perspectivas de la sierra son verdaderas. Sin embargo, dice Ortega, las dos miradas, las dos perspectivas, se complementan, siendo cada una de ellas distinta e insustituible. Es precisamente esa complementariedad de las perspectivas lo que aleja la posición perspectivista de Ortega del relativismo y el escepticismo.

El racionalismo pretendía obtener el conocimiento de una verdad atemporal, al margen de toda consideración concreta, (histórica, social o personal), una verdad eterna e inmutable que nos ofreciera la esencia de la realidad, proponiendo un claro alejamiento de lo concreto, de lo personal, de lo vital. El escepticismo, por su parte, según lo caracteriza Ortega, se instala en la fugacidad de lo concreto, de lo inmediato y, apoyándose en esa fugacidad, niega la posibilidad de conocer la verdad, dado que la experiencia humana sobre el tema pone de manifiesto la aparición de posturas opuestas, contrarias, y la permanente disputa entre las distintas explicaciones de lo real, lo que se toma por una prueba de que la verdad es inalcanzable. El racionalismo conduce, pues, a la elaboración de una teoría abstracta, despojada de toda referencia a lo concreto, a la vida del hombre. El escepticismo, por el contrario, renuncia simplemente a la posibilidad de elaborar una teoría.

El perspectivismo pretende resolver el conflicto, admitiendo el carácter múltiple y cambiante de la realidad de la que es posible tener, pues, múltiples perspectivas, pero considerando también que esa multiplicidad puede ser "unificada" mediante algún principio rector, al que se refiere Ortega al hablar de la complementariedad de las perspectivas. La verdad será, pues, el resultado progresivo de la unificación de las perspectivas.

Por lo demás, si todas las perspectivas tienen validez, en cuanto tales, eso nos lleva a reconocer el papel de otros seres humanos en la construcción de la verdad, dado que su perspectiva, aunque aparentemente opuesta a la mía, es necesaria para alcanzar el conocimiento de esa verdad "objetiva". A diferencia de lo que ocurría en la primera fase de su pensamiento, el individualismo no es ya un obstáculo para la consecución de la objetividad, sino un elemento necesario para ello. Si aplicamos el perspectivismo al campo de lo moral y lo social, se pone de manifiesto la necesaria **tolerancia** como valor fundamental para el ser humano, en la medida en que cada cual ha de ser capaz de reconocer el carácter "complementario" de las perspectivas ajenas, de la diferencia y la individualidad de los demás, como factor esencial de convivencia social, subrayando así el carácter parcial y complementario de toda perspectiva.

Raciovitalismo

El raciovitalismo consiste básicamente en el intento de conjugar la vida con la razón, superando críticamente las contradicciones que se dan entre ambas, tal como se puede deducir de los excesos "irracionalistas" del vitalismo y de los excesos "antivitales" del racionalismo. Así pues, la crítica de ambas perspectivas filosóficas será una de las necesidades prioritarias de Ortega, a fin de ver lo que de positivo puede haber en ellas y lograr esa complementariedad que las supere en el raciovitalismo. Ortega se inclina por la **vida** como la **realidad radical**, anterior por tanto a cualquier conocimiento. Pero no se trata de algo biológico, instintivo o irracional a la manera de Darwin o Nietzsche, sino de una **realidad de la que forma parte nuestro mundo**; vivir es, desde luego, en su propia raíz, hallarse **frente** al mundo, **con** el mundo, **dentro** del mundo, **sumergido** en su tráfigo, en sus problemas, en su trama azarosa, pero también viceversa: ese mundo al **componerse sólo de lo que nos afecta a cada cual**, es inseparable de nosotros. Nuestra vida consiste en que la persona se ocupa de las cosas o con ellas, y evidentemente lo que nuestra vida sea depende tanto de lo que sea nuestra persona como de lo que sea nuestro mundo. Ni nos es más próximo el uno que el otro término. Vivir es sentir algo, querer algo, pensar algo, es coexistencia del yo y el mundo.

Vivir es "estar en el mundo", pero en un mundo que no se puede identificar ya con la "naturaleza" de los antiguos ya que ese "estar en el mundo" supone el **darse cuenta** de lo vivido como tal; supone también un quehacer, una ocupación, una tarea que se realiza en vistas a un fin, por lo que vivir es necesariamente **proyectar**, decidir libremente lo que queremos ser y hacer. Esa identificación de la vida con la capacidad de anticipar, necesaria para cualquier proyecto, exige también la **libertad de elección entre las distintas posibilidades que me son ofrecidas en mis circunstancias**; hay, por tanto, una cierta limitación y una cierta libertad en las posibilidades de acción del hombre en sus circunstancias.

«Somos esencialmente circunstanciales», pero junto a estas circunstancias aparece un «yo» que actúa sobre ellas, no es mero ser pasivo que las sufre. El objetivo de la razón humana es dominar las circunstancias que su perspectiva le ofrece; por ello Ortega hizo la famosa afirmación de **«Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo»**. Esta fórmula quiere expresar la interrelación obligada del yo con el mundo como un todo concreto e irrepetible, del que hay que partir para entender al hombre y al mundo. La realidad circundante, la circunstancia «forma la otra mitad de mi persona». La circunstancia es todo lo que no soy yo, todo lo que me encuentro incluso mi psique y mi cuerpo. Lo de «salvarla a ella» y «salvarme yo» no tiene nada que ver con elementos religiosos o escatológicos, sino que es una metáfora que utiliza Ortega para referirse a la comprensión de la circunstancia para mi propia comprensión. Salvarme es comprenderme y para comprenderme he de saber de mi circunstancia, si no sé de ella, no sé de mí.

Es decir la razón está inmersa en la vida concreta (circunstancias) de aquel que la está utilizando y es por ello por lo que Ortega la llama "razón vital".

La "razón vital" no es una razón autónoma, independiente del sujeto, como en el racionalismo, sino que se da en un sujeto y por tanto en una realidad histórica y social determinadas; es por ello por lo que la "razón vital" se concreta en "Razón histórica", que es la única que puede entender a la vida porque ésta se da esencialmente en el tiempo (temporeidad) y sólo puede comprenderse a la realidad en su devenir (continuo fluir) tanto de la realidad misma conocida como del sujeto que la conoce y forma parte al mismo tiempo de ella. El ser de la vida está en continuo movimiento, el ser humano es un proyecto en un continuo hacerse que consiste en ir descubriendo nuevos horizontes ya que la vida humana no es algo estático y acabado. La razón pura tiene que ser sustituida por una razón narrativa. El hombre es hoy lo que es porque ayer fue otra cosa, entonces, para entender lo que hoy es basta con que nos cuenten lo que ayer fue. Esa razón narrativa es «la razón histórica». La tarea de nuestro tiempo es siempre una misión que mira al futuro, porque la vida se hace en la historia.

El hombre no tiene esencia, tiene historia. No es nada conceptual ni estático, sino dinámico, vivo, en constante movimiento. La sociedad tampoco tiene esencia, sólo historia, lo mismo que el hombre es un "quehacer", pero un quehacer en comunidad, en relación con el mundo con los hombres. La vida personal y comunitaria no es un participio (factum) sino un gerundio (faciendum).

En nuestro tiempo coexisten las generaciones: en cada época hay una forma de vida (creencias, ideas, problemas...) esta forma de vida dura cierto tiempo (15 años dice Ortega), de ahí que en un mismo tiempo coexistan varias generaciones: jóvenes, maduros y viejos. Son generaciones contemporáneas.

En esta diferencia se basa la posibilidad de la innovación. Si todos los contemporáneos (los que viven en el mismo tiempo) fuesen coetáneos (los que tienen la misma edad), la historia se detendría anquilosada, porque cada generación tiene dos dimensiones:

- una consiste en la recepción de lo vivido;
- otra, en el fluir de su propia espontaneidad.

Cuando estas dos dimensiones no coinciden y se rebelan ante lo recibido se dan generaciones polémicas y es posible la innovación. Toda generación tiene su misión propia, su propia tarea histórica. De ahí que cada generación se tiene que plantear su tarea, su vida hacia el futuro en la propia dimensión histórica.

Cada generación está compuesta por dos tipos de personas: la élite y las masas.

La élite, una minoría selecta, formada por hombres creadores de un proyecto de vida, su misión es dirigir a las masas. La misión de las masas es obedecer a las directrices de la élite.

Como esto no se ha realizado en su tiempo (en el que se da el fenómeno de que son las masas las que se imponen) se ha creado una confusión entre quién manda y quién obedece, de ahí que todo lo demás marche mal: Europa no sabe si manda, España no sabe si obedece, lo que provoca una desmoralización y hace imposible la europeización de España (España es el problema; Europa la solución).

Por otra parte, las masas se rebelan, no se someten a las orientaciones de la élite, en esto consiste la invertebración de España, ya que se encuentra empobrecida y desvinculada de Europa.

Por lo demás, todo ello se da en el tiempo, por lo que la dimensión **histórica** del hombre es inseparable del circunstancialismo, lo que nos conduce al núcleo del último pensamiento orteguiano, la relación entre la vida y la historia, plasmada en el concepto de **razón histórica** en el que se concretiza la noción orteguiana de **razón vital**. La naturaleza del hombre es, fundamentalmente, histórica. Eso supone afirmar que no hay una naturaleza humana inmutable: el hombre es, en cada época, en buena medida, lo que hereda de sus antepasados, herencia que se puede consolidar y aumentar, transmitiéndola a las generaciones futuras, o dilapidar.

En suma, que **el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene (...) historia**.